

IDEAS  
CREATIVAS  
LA PANDEMIA Y LA  
EXPERIENCIA  
DE LA CUARENTENA  
DEL AÑO 2020



# RÉQUIEM



a r u q u i p a

---

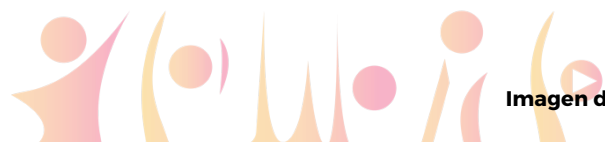


Imagen de portada: Lev Mendoza

## REQUIEM JAVIER DOMINGO ARUQUIPA PAREDES

### LAMENTACIÓN

¿Qué segura sombra te aprisiona?  
¿Qué voces calladas te resucitan?

¿Acaso morir no es ser en otro,  
ese que se manifiesta mujer, varón  
o rústica piedra?

¿Qué vacío acoge tu cuerpo ya sin fe,  
en espera de soledades, de sombras,  
*en un allí que no es lugar* sino urna de esencias  
por cada muerte que fuimos?

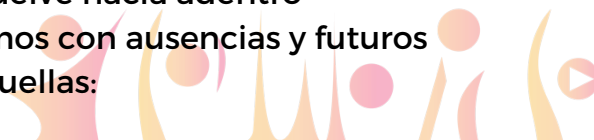
¿Qué lejana huella predice el ahora que se sufre  
por desoír lo ido?

¿Merodea la mirada de lo incierto la muerte,  
o confirma su irse a promesas divinas  
que cegaron sufrimientos?

¿Qué dios nos espera tras la noche oscura  
que creamos en la mirada?

¿Lo que no fuimos muere acaso con nosotros,  
como el libro no leído que aguarda,  
como el niño no nacido que soñamos?

Creo en el silencio  
como la fe que vuelve hacia adentro  
donde conversamos con ausencias y futuros  
que cantan sus huellas:



fe peregrina  
que dice y escucha  
en lo lejano de uno.

En mi fe te nombro y te levantas de la carne,  
sumas tu silencio a mi silencio y lloro  
por el vacío que pueblas,  
por la ternura que dejas.

Callas, sí,  
pero tu mutismo corrige quebrantos,  
abraza atardeceres  
con esa luz que solo lo callado enciende y ama.

Con mis manos dibujo pretéritos  
y tu compañía guía mis trazos que intentan  
platicar con las sombras.

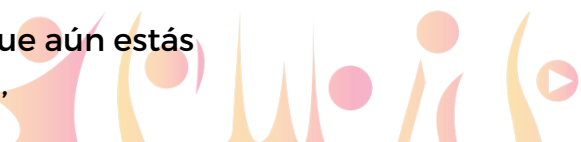
Ceniza seré y también silencio,  
y a su vez, palabra vieja como tú,  
abrazo de eterna escucha  
en madrugadas de lluvia  
y despertares cansinos.

¿Merecemos esta tristeza  
que encorva nuestras espaldas?  
¿Aliviana siquiera el llanto,  
penitencias cumplidas?

Caricia de ojos pacientes eres,  
cansancio, lloro.

Vuelves con el frío,  
mas tu recuerdo es ternura que abriga.

Quiero imaginar que aún estás  
sentada bajo el sol,



alimentando el horizonte con tu quietud,  
centinela penitente de crepúsculos idos.

¿Dónde encuentro la voz que fuiste?

¿Qué viento sostiene tu grito?

Solo tu nombre queda,  
porque al país del frío se llega desnudo,  
sin mácula de penas.

Eres savia que recorre los surcos  
de este barro que te nombra,  
barro que intuye todas las batallas  
que anunciaste en vida a mis cuerpos.

Pena soy sin tu aliento,  
ánima que lamenta la soledad por herencia,  
bajo tus pechos que amamantan  
mi voz que te busca.

Retornas a tierras pétreas,  
en que duermes como manzanilla silvestre,  
en cuencas que amparan pájaros  
que miran por ti  
y cantan por ti.

¿Qué vals llora conmigo esta tu presencia  
de guitarras criollas y quebrados ecos?

¿Qué melancólico aliento cunde rincones y esquinas  
en que acurruco el delirio de mi roto pecho?

Es tu recuerdo que duele,  
sin calma posible;  
tu imagen que arrulla  
la sal de mis huesos.



*No me llores cuando escuches mi voz.  
No me mires en los campos  
ni anide la soledad en tus ojos.  
Deja que vaya con tu sonrisa  
a los silencios del frío,  
donde esperaré por ti,  
cuando sufras de pena...*

... ¿Será que de tanta ausencia  
escucho lo incierto como cierto?

¿Será que a mi alma le urge ir tras tus sombras  
y dejar la tristeza fúnebre de mi cuerpo?

Me aqueja el sordo sonido de mi voz  
que ya no ríe cuando te nombro.  
que ya no canta por tu recuerdo.

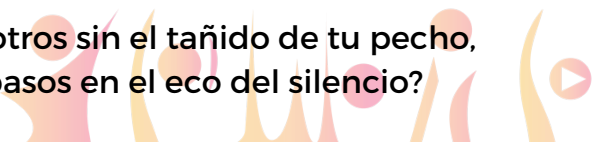
¿Acaso me fui contigo en busca de palabras  
que aminoren el peso de la culpa?

¿Acaso la escarcha que queda  
son las palabras que no dejan que partas?

Heridas por tu voz,  
mis manos todavía escriben,  
sin pasto que alimente su nostalgia  
ni alma que habite su llanto.

Es que tus alas llevaron la música del viento  
al quejido de los eucaliptos,  
entre ruidos impasibles a la brisa,  
vacíos de vida sin ti  
que cantabas  
en lengua de ancestros.

¿Qué será de nosotros sin el tañido de tu pecho,  
sin el eco de tus pasos en el eco del silencio?



Moriremos también,  
pero caminando seremos tu pálpito  
en los años que traen arrugas  
y cansancio a las rodillas.

Moriremos siendo errantes,  
como tú en tiempos de fiebre,  
cuando te miramos desolada,  
impotente al dolor de madre  
que a los suyos ve indefensos.

¿Veré tu rostro entonces  
en el vacío del espejo que me muestra?

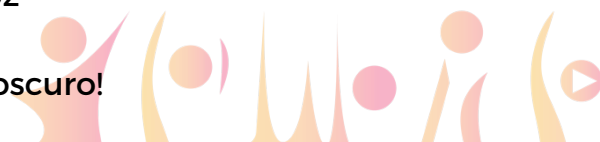
¿Seré tu imagen en mis actos sin vos?

¡Mira mis ojos!  
¿No ves ausencia acaso,  
angustia que habito en cuerpos ajenos  
que me andan y me alimentan?

¡Gusanos somos entonces!  
¡Larvas que apolillan vidas  
para ser lo que soñamos!

Quizá...  
Sin embargo aquí me encuentro,  
tan miserable a mis complejos,  
mientras tú escuchas,  
mientras desahucio lo que vendrá  
por la locura de pensarte.

¡No ves que migré contigo!  
¡No comprendes que mi silencio  
es el eco de tu voz  
que resuena  
y retumba en lo oscuro!



Mi soledad está de duelo,  
eterno velorio que no abandona,  
pero confunde,  
trastorna.

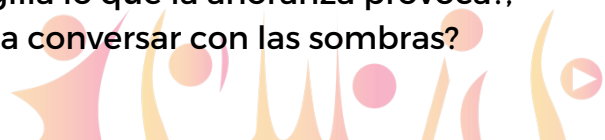
Sueño eres entonces,  
alma que vuelve a los condenados  
que maldicen los días,  
tormento de luz que arroja nuestros cuerpos  
a la humillación de la pena,  
huérfanos de canto,  
faltos de espíritu y vida.

¿No dices nada?  
¡Háblame como le hablas a los pájaros!  
¡Contesta mis preguntas!  
¡Muéstrame el pan sin levadura!  
¿Acaso no dijiste que estarías siempre a mi lado?  
¿Acaso no arrullaste este cuerpo de naufragio y abandono?  
... Perdona mis dudas.  
Es el encierro que me ampara  
en esta falta de ti  
y me aleja del mundo.

La soledad es hermosa cuando te nombro,  
pero se acaba al abrir la puerta.

Ya no sé si lo que palpo es lo verás o lo incierto,  
Tan solo ven mis ojos tus ojos que me miran,  
en esa lejanía que extiende tu silueta  
a cada paso que das  
mientras te vas  
y me dejas.

¿Es ensueño o vigilia lo que la añoranza provoca?,  
¿sensatez o locura conversar con las sombras?



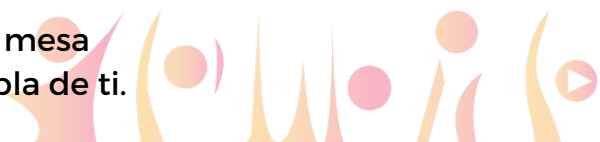
Dejaste en tu ir  
nombres que no pronunciaste  
por el temor a lo desconocido,  
espectros que ahora me acechan,  
como fantasmas que quieren ser nombrados  
por tu voz en mis labios,  
por mi voz en tu boca.

¿Qué soy por último?,  
¿réplica inconclusa de lo que fuiste?,  
¿esperpento de hombre  
que finge una idea?

Roen la mesa bichos que no me dejan.  
Están ahí desde tu silencio.  
Se comieron las ventanas,  
el marco de la puerta,  
vasijas de barro.  
Temo que también consuman mis mejillas,  
y siembren el olvido en mí cabeza;  
temo a los bichos esos  
que carcomen los ojos  
y se alimentan de los muertos.  
¿Cómo repeler su insaciable hambre de delirio,  
si soy yo quien los alimenta?

¿Cómo ahuyentarlos de la razón,  
si mi pensamiento es tormento?

Suplicio es salir de este trance de locura  
y dejar sola tu charla de mujer vieja  
que conoce la niebla de los días,  
en que trabajo en desgano,  
con la prisa de volver al silencio,  
lejos de nadie,  
sentado ante esa mesa  
que tanto me habla de ti.





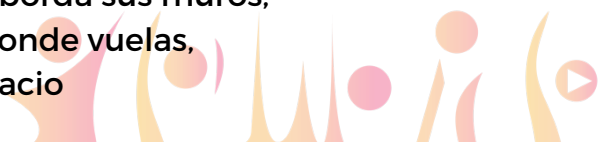
¿Es tu abandono que habla por mis labios?,  
¿tu imagen que espejea mi ventura  
y que está en todo?

Si el silencio habla,  
el dolor por la ausencia de otro  
apaga la vida que aún queda en uno.  
Es que si no estás no soy.  
Tu nombre predice mis días  
en ese amor que habita mis entrañas,  
mora en mis pupilas  
y guarece mi llanto.

Ahora lo sé,  
el amor es mujer.  
La fe que vuelve a uno lo muestra.  
Lo que acuna su vientre lo muestra.

Las palabras sin embargo,  
traicionaron tu amor y tu nombre,  
pues cercaron tu abrazo con su lenguaje  
que no sabe de ternura,  
no conoce el beso  
ni la caricia,  
sino lo ajeno a la calma  
que define a la lombriz  
como gusano cilíndrico y alargado  
que vive en tierra, por ejemplo,  
y no como el ser  
por el que respiran los campos,  
se nutren las siembras  
y deja vida donde está.

Las palabras traicionaron tu amor, sí,  
pero tu amor desborda sus muros,  
se abre al vacío donde vuelas,  
sin tiempo ni espacio



que aprisione tu calma de mujer  
que amamanta la tierra.

Espero no ser una palabra más  
en la extraña escritura de la vida.

Deseo no negarte al ocaso  
ni refugiarme en el pretexto del olvido,

Deseo velar tu mutismo con mi callada voz  
y anidar mi vejez en los pastos tuyos.

Que mis pasos me acerquen a tu morada  
y que mis días escuchen tu silencio,  
en la ventisca de agosto,  
en el frío de julio  
o en el verde de octubre.

Leeré tus vientos,  
sin llanto,

si la añoranza  
lo permite.

